PRIMERA PLANA
Año V - Nº 243 - $ 150 - Buenos Aires, 22 al 28 de agosto de 1967

¿DEBEN GOBERNAR LAS FUERZAS ARMADAS?
Página 33

MAÑANA
EL SEXO GRITA SU VERDAD!
AMOR 67

ARGENTINA: PROHIBIDA PARA ADOLESCENTES







VIDA MODERNA

Adolescentes: Las puertas cerradas

Algo no andaba bien en esa fiesta, y Andrés sentía que no lograba interesar demasiado a las muchachas más atractivas, que no lucía bien en comparación con chicos que —como él— rondaban los 15 años. Pero de pronto sonó el timbre de la calle y todos callaron; alguien corrió a atender. Era Julie Christie, con expresión angustiada, mostrando las señales de una larga carrera por la calle lluviosa: preguntó por Andrés, se echó en sus brazos y los murmullos inundaron la reunión, mientras todos miraban estupefactos esa patética escena. ¿Qué le había pasado a esa hermosa mujer? ¿Qué notable relación la unía a Andrés? Nadie supo contestar; pero, para siempre, él pasaría a ocupar un nuevo papel en el grupo, y en especial en el pensamiento de las chicas.

Aquel encuentro nunca existió; pero fue algo más que un sueño. Fue uno de los miles de devaneos fantásticos, ensoñaciones de vigilia, vagabundeos de la mente aligerada mientras el cuerpo descansa en un asiento de subterráneo, en la clase de Botánica, frente a una mesa de café. Después, Andrés reacciona, vuelve a su casa (a pesar de las muchas ganas de no volver que a veces lo agobian), al cine con sus amigos, al colegio. O comenta a Primera Plana, como pasó la semana pasada: "Usted se va a reír... Aunque, claro, también tuvo esos *reviros*, seguramente. Todos los muchachos, como yo, a veces se ponen a fantasear. ¿Qué tiene de malo? Usted, claro, es mayor de edad, entra y sale en los lugares que le da la gana, tiene plata y trabajo, y lleva una vida..., usted me entiende... Quiero decir que es casado o tiene amigas. Pero a mi edad es muy difícil, a veces la gente no entiende. Uno ya no es un chico..."

Es cierto, un adolescente ya no es un chico, a pesar de la autoridad que los padres siguen ejerciendo sobre ellos. Pero tampoco es un adulto, aunque un bombardeo de sermones pretenda de ellos madurez, sensatez, paciencia, contracción al trabajo o al estudio. Es apenas eso, un adolescente, alguien a quien nadie sabe dónde poner en la sociedad. Porque está fuera del mundo de cuidados con que se rodea al niño, y afuera del cúmulo de derechos y oportunidades que se brindan al adulto. También por eso, el adolescente es un marginado social en todo Occidente. En la Argentina la situación se agrava por la absoluta ausencia de preocupación estatal o privada por ellos: hay jardines de infantes y night clubs, calesitas y playas de estacionamiento, batijuguetes y hoteles por hora; pero para el adolescente no hay nada. Esa marginalidad de 5 millones de argentinos fue, durante dos semanas, el motivo de entrevistas a psicólogos y educadores especializados en ese lapso, que arranca de la pubertad y termina, en forma imprecisa, entre los 18 y los 25 años. Tan importante como esas opiniones fueron los comentarios y juicios vertidos por una veintena de muchachos y chicas, en cuanto entraron en confianza con tres redactores; de todas maneras, lo que sigue no es más que una guía precaria: como señaló una psicóloga, "comprender la adolescencia es saber qué es ser adulto, casi como decir *qué es el Hombre*".

Lo único que diferencia a un adulto de un adolescente, es que ellos [los adultos] ya se dan por hechos. (Emilio, 15 años).

Quizás, el primer problema sea definir al adolescente: si bien la pubertad, un período más o menos ubicado entre los 12 y 14 años, marca un lapso de profundas modificaciones físicas, tendientes a la futura actividad sexual y reproductora, los cambios de personalidad y de conducta son menos fáciles de exponer. Aún más complicado es señalar el fin de la adolescencia: la mayor parte de los criterios propuestos suelen, paradojalmente, demostrar que una gran parte de los mayores no ha salido nunca de su inmadurez. El psicólogo Raymond Kuhlen, profesor de su especialidad en la Universidad de Syracuse (Nueva York) y autor del artículo sobre Adolescencia, de la Enciclopedia Británica, advierte que casi todas las tentativas de una definición y caracterización general suelen chocar con pruebas en sentido contrario. En todo caso, señala, las teorías que dan por descontada la turbulencia y tensión de ese período se apoyan en una serie de supuestos:

• Existen condiciones casuales, tanto biológicas como culturales, para esa conmoción: la súbita emergencia de las tendencias sexuales, la repentina amplitud del espacio físico en que el reciente niño ahora puede moverse, y la falta de roles bien definidos —nadie sabe qué quiere de ellos— están entre las principales.

• Esas condiciones que rodean al adolescente generan una ansiedad e inestabilidad emocional particularmente agudas, mayores que a cualquier otra edad.

• Por último, esa corriente psicológica da por sentado que la ansiedad e inestabilidad provocan en el adolescente una serie de *conductas defensivas*, que los adultos ven como "síntomas" más o menos patológicos, y que configuran las características típicas de la adolescencia.

Claro que, como el mismo Kuhlen hace notar, nadie ha demostrado en forma definitiva que esa tormenta emocional sea un buen patrón de medida: algunas experiencias contradicen esa afirmación, tienden a probar que un niño o un adulto son aún menos estables y están más conmovidos por turbulencias afectivas que un adolescente. En todo caso, por lo menos una cierta cantidad de áreas sí se conmocionan, entre la pubertad y la entrada a la edad adulta: el interés en el sexo opuesto motiva una creciente actividad social; los valores culturales e ideológicos inculcados durante la niñez sufren una revisión más o menos consciente; la relación con los padres se eriza en los hogares en que existe una férrea conducción de los adultos sobre los hijos; las aspiraciones de llegar a cow-boy, domador de fieras o astronauta se canalizan, con una mayor compenetración de la realidad, por el camino de la elección vocacional.

No creo que existan trabas para los adolescentes. Yo voy a lugares prohibidos porque parezco más grande; no hay trabas, desde el momento que todos se cuelan. ¿Si no pudiese colarme? ¡Ah! Entonces no podría ir a ninguna parte. (Nora, 16 años).




Quizá no baste con saber qué es un adolescente, ni siquiera es bastante entender que ese grupo se sitúa de hecho en los costados o afuera del eje social. Falta saber si es el adolescente el que se margina —voluntariamente o movido por *nefastos* impulsos antisociales—, o si es la comunidad la que lo segrega, la que lo priva de afecto y ayuda, la que lo mutila, reprime e ignora. Aunque José Antonio, uno de los entrevistados, ya tiene 20 años, también quiso aportar su opinión "porque me siento próximo a la adolescencia por mi edad y porque tengo tres hermanos menores". Esta es su corrosiva visión del problema: "La cosa está un poco exagerada, y no creo que los muchachos sean unas víctimas indefensas, ni unos santos varones. Pero lo realmente grave es que la gente *hace de cuenta que los adolescentes no existen*. El adulto que no tiene hijos o hermanos adolescentes, piensa en ellos según su estado de ánimo, se guía por dos o tres lugares comunes: primero, se acuerda de la adolescencia cuando los diarios hablan de corrupción, drogas o delincuencia juvenil, y se escandaliza, como si un asaltante de 17 años fuera más peligroso para él que otro de 45; segundo, se detiene a observar a los muchachos o chicas cuando tienen patillas muy largas, o minifaldas muy cortas, y sueña con castigos para lo que considera un delito, como si la Constitución hubiera instituido el traje gris. En tercer lugar, y si está de buen humor, el adolescente se le aparece como un alegre idiota, un *fulano* sin problemas que se pasa la vida vistiendo en tal sastrería, bebiendo una gaseosa que le permite saltar por los aires, o escuchando música con determinado tocadiscos. Pero el muchacho o chica con problemas, necesidades y aspiraciones reales y propias, es como si no existiera".



Esa ignorancia es equivalente a un empujón, a un esfuerzo para sacarse al adolescente de encima. No existe una sola revista ni un teatro dedicado a ellos, los films suelen ser calificados como prohibidos para menores a pesar de que no hay con qué reemplazarlos, excepto por las ñoñerías vulgarmente catalogadas como *cine para niños*. La lista de prohibiciones más o menos puestas en vigencia es interminable: así, por ejemplo, un edicto policial prohíbe la presencia de menores en cualquier local público donde se vendan bebidas alcohólicas, de manera que legalmente es posible excluirlos de cualquier restaurante, café, bar, confitería o lugar bailable. Claro que ningún mozo o propietario se ocupa de expulsar adolescentes de esos sitios, pero no es infrecuente que un policía malhumorado se acuerde de la Ley cuando se encuentra con dos o tres jóvenes solitarios después de medianoche.

Más dañina es, quizá, la legislación que rige para los estudiantes secundarios: prácticamente no tiene otra aspiración que la de reprimir. El ya famoso *Decreto Jorge de la Torre*, por ejemplo, prohíbe explícitamente a los estudiantes reunirse para casi cualquier cosa. En los liceos de señoritas la moralina alcanza ribetes grotescos: "Donde voy yo [el Liceo Nº 1 de avenida Santa Fe al 2700] una preceptora nos reunió para avisarnos de que *estaba prohibido hablar de cosas serias* en los recreos", refirió una alumna de tercer año. Lo más grave es que, para ellos, reunirse es una necesidad vital: "A partir de la mitad de la adolescencia, hacia los catorce o quince años, se impone para los chicos la comunicación, el contacto afectivo. En ese momento de su desarrollo personal y social, la actuación en grupo, en todos los aspectos, es fundamental por su valor formativo y de integración a la sociedad", explicó la semana pasada la psicoanalista Amalia Radaelli, que fuera hasta hace un año profesora de Psicología Evolutiva II (Adolescencia) en la Universidad de Buenos Aires. Su experiencia en grupos de jóvenes de clase media también demostró otro aspecto de esa marginalidad: en Buenos Aires —y posiblemente en otras grandes ciudades— el adolescente no tiene qué hacer con su tiempo sobrante. No existen canales útiles para conducir ese potencial hacia tareas productivas o recreativas, y, por lo demás, la diversión comercializada suele oponer otra barrera: simplemente, el chico no tiene dinero para divertirse, no se le presentan ocasiones de ganárselo y —si opta por pedirlo a sus padres— no consigue mucho; para peor, prolonga su dependencia.

Tanto los padres como la escuela nos piden cosas que no nos gustan, pero no nos dan nada en cambio. (Andrea, 16 años).

Por supuesto, los adultos también fantasean: cuando prohíben o dificultan a sus hijos —y especialmente a sus hijas— el volver tarde, proceden bajo la suposición, más o menos consciente, de que un joven con libertad y algo de dinero seguramente desembocará en alguna francachela. Parecen olvidar su propia experiencia, los infinitos cafés con gusto a tedio, los sábados a la noche derrumbados en una inocente partida de billar o *metegol*, los titubeos y

racionalizaciones —"No hay ninguna de edad o estatura adecuada". "No me gusta ninguna"— que debieron superar antes de invitar a bailar a una muchacha. Curiosamente, se preocupan por mutilar el *excesivo* tiempo libre, en vez de orientarlo hacia lo útil y agradable; en rigor, sólo los padres más instruidos y lúcidos se esfuerzan por proveer a sus hijos de una responsabilidad: un grupo de muchachos manifestó a Primera Plana su admiración por el padre de uno de ellos, que le había encomendado guardar cada noche el auto en un garaje cercano, con autorización para dar antes "una vueltita con tus amigos, sin correr". "Imagínese —explicaba el chico—, es un viejo bastante macanudo. ¿Cómo le voy a hacer una *macana* como chocarle el coche? Al final, dándome el auto por las buenas, sale ganando."

Esa necesidad de responsabilidades, es también una necesidad de ser reconocido como algo más que un niño. En la mayoría de los casos, por el contrario, el estudiante que lleva a buen término su año de estudios, es recompensado con un verano vacío, desocupado; aunque se le ha inculcado una ingenua moral de *trabajo y esfuerzo para el triunfo*, se lo premia con el derecho a no hacer nada. En ese sentido, los adultos suelen mostrar una endemoniada habilidad logística: el dinero con que aderezan a su retoño es bastante como para disuadirlo de trabajar (e independizarse económicamente), pero no tanto como para que el chico pueda elegir un lugar de veraneo alejado (e independizarse geográficamente).

Ese nudo gordiano de la adolescencia que es el tiempo libre, no parece ser tampoco un motivo de preocupación para el Estado, que invierte poco y nada en institucionalizar las actividades recreativas. Si se exceptúa la discutida Unión de Estudiantes Secundarios, creada por el peronismo, no parece haberlo preocupado nunca. En cambio, algunos intentos privados pretenden obviar esa ausencia por el camino de la investigación, de los estudios parciales: el más conocido de esos trabajos es el del Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación (CICE), asociado al Instituto Di Tella. "Lo que se pretende es acortar distancias [...], que los jóvenes, sin diferenciación de sexo o grupo social, tengan a su alcance todos los adelantos y logros de la cultura actual, una cultura científica, artística, política, económica y también física", sintetiza la profesora de Ciencias de la Educación María Teresa Sirvent. Para buscar las claves de un posible mecanismo que redima ese tiempo libre, el CICE investiga desde marzo último las necesidades de la comunidad y la oferta de actividades de la población en una ciudad industrial tipo, Campana, en la provincia de Buenos Aires. Algunas conclusiones ya empezaron a dibujarse: "La solución parece estar dada por grupos surgidos espontáneamente, pero a condición de que estén integrados en una planificación estatal". De cualquier manera, todos los puntos de vista coinciden al menos en un aspecto, el de la necesidad del adolescente de encontrarse con sus pares, con los de su misma edad y actitudes afines; como definió el psicoanalista Hernán Kesselman, coordinador del Instituto de Orientación Vocacional, "el adolescente es un chico solitario, pero no por vocación".



J. Bustelo-J. C. Quintó

Psicólogos Boholavsky, Radaelli y Kesselman: El drama de la soledad.

Los que deciden las prohibiciones no tienen muy claro qué es lo que quieren lograr con eso. (Susana, 17 años).

Típicamente, los adultos suponen que los adolescentes destruirían el mundo en quince minutos, con sólo que se los dejara hacer lo que quieren. Se basan en un hecho real, la reacción frecuentemente violenta con que los jóvenes se enfrentan a toda traba que se les oponga. Pero hay más que eso: después de todo, son los adultos quienes pretenden que los adolescentes *son agresivos*. Cualquiera que se detenga a reflexionar sobre ese detalle —tanto los psiquiatras como los criminólogos, el redactor de esta nota y el lector, los que diseñan la moral pública y los instrumentos de represión, pertenecen a un mismo bando, el de los adultos— puede preguntarse si no habrá *algo* en los mayores mismos que los haga sentirse agredidos. Un experto en recreación de adolescentes, el psicólogo Rodolfo Bohoslavsky, cree que ese *algo* es el miedo a cambiar, y a que el mundo al que está acostumbrado y adaptado también cambie: "Lo que más asusta al mundo adulto, y lo lleva a imponer toda clase de restricciones a los adolescentes, es la posibilidad de cambio que se presenta en ellos. A menudo se los califica de rebeldes, de inadaptados, subrayando lo que esas palabras implican de negativo; pero se ignora su parte positiva". Es notable: los mismos adultos que ensalzan la rebeldía de un poeta o de un político, que erigen como prototipos al inadaptado Albert Schweitzer, al antisocial Martín Fierro o al revolucionario Juan XXIII, son incapaces de tolerar en los adolescentes una tan pequeña vocación de cambio, que casi nunca supera las costumbres cotidianas, la ropa llamativa, el pelo largo, el baile frenético.

Quizá porque están movidos por un miedo irracional, para nada lógico, los adultos asumen a veces una feroz vocación de censores, se sumergen en planes moralizantes que esconden el deseo de someter, a la más flamante generación, en un cepo de códigos donde la libertad no pueda filtrarse. No es raro, entonces, que algunos pocos, entre millones de adolescentes, opten por la más violenta ruptura, la de la ilegalidad. Los que se sitúan en la frontera misma de la ley —madres solteras, huérfanos sin vivienda, muchachos con problemas de conducta semipatológicos— se encuentran bajo la jurisdicción del Consejo Nacional de Protección al Menor, que los deposita en alguno de sus establecimientos. Los que cometen actos netamente delictivos, en cambio, comparecen ante los jueces, mejor dotados por la Ley para defender a la sociedad que para ayudar a los redimibles jovencitos. Quizá lo único posible sea lo que propuso a Primera Plana el doctor Arturo Manuel Villar, a cargo de la Secretaría de Instrucción 150 del Juzgado de Menores Nº 16: "Haría falta que hiciesen mucho deporte, que eso les sirve de lavaje de cabeza para esas ideas que tienen. Los grandes clubes deportivos deberían ser obligados a facilitar sus estadios para que los adolescentes pudieran efectuar actividades deportivas por la tarde". Al parecer, así se limitaría la proliferación de menores dedicados a la portación de armas, desacato a la autoridad, violación, homosexualidad o robo de poca monta. Además, está la laborterapia: "El menor internado, si no hace nada, está pensando en cómo escaparse; pero si desde que se levanta hasta que se acuesta se lo tiene ocupado constantemente, *no tiene tiempo de pensar y no trae problemas*".

A la salida de los colegios de chicos siempre hay un clima tenso, un clima de levante. Lo que pasa es que cada sexo es un mito para el otro. (Daniel, 16 años).

Detrás de la cuestión sexual, sobre todo cuando se la refiere a los adolescentes, yace todo el miedo, todas las inhibiciones y frustraciones de los adultos. También, toda la fantasía: por eso no hay tema más discutido ni más manoseado, más inasible y riesgoso. Pero no hay manera de completar un cuadro de la marginación del adolescente sin chocar con el tabú del erotismo: está detrás de cada prohibición, exacerbando la severidad social para con el adolescente. Si tanto se ha expandido el problema, es porque se supone que la tendencia natural de la juventud podría desbarrancarla hacia actitudes inaceptadas y, según muchos, inaceptables. Es que desde el ingreso

ADOLESCENCIA Y MARGINALIDAD

Por Adela Leibovich de Duarte *

La adolescencia es el período de transición entre la niñez y la vida adulta. En las comunidades denominadas primitivas por algunos antropólogos, el niño, al comienzo de su madurez sexual, de su pubertad, es incorporado a la vida adulta a través de ritos de iniciación. En sociedades más complejas, como la nuestra, este pasaje no asume una forma ceremonial, sino que se extiende a lo largo de varios años como un período de preparación para la vida adulta, una etapa de aprendizaje de nuevos roles. Esta transición se caracteriza por su ambigüedad e incertidumbre, ya que la comunidad, que espera del adolescente que deje de ser niño y aprenda a ser adulto, no le brinda status ni funciones definidas. A esto se alude cuando se habla de la marginalidad de la adolescencia.

Se entiende por marginalidad la posición intermedia del individuo que, en situación de cambio, adquiere características de un grupo nuevo reteniendo, al mismo tiempo, características de grupos previos, cuando los sistemas de normas y roles de ambos grupos son incompatibles entre sí. Tal es el caso de los mulatos cuando se les plantea la lealtad a grupos negros o blancos. El rol del individuo o grupo marginal es siempre conflictivo.

Niños y adultos saben qué se espera de ellos y qué pueden ellos esperar de los demás. El adolescente, en cambio, se siente desubicado tanto en el grupo infantil como en el adulto. La pertenencia simultánea a ambos grupos es incompatible y ambos tienen características atractivas y rechazantes para él. La infancia tiene el atractivo de lo conocido y seguro; la adultez es la promesa de crecimiento e independencia, pero el riesgo de lo desconocido y peligroso: el ingreso a un mundo contradictorio e incierto. *El temor a ser infantil lo impulsa hacia adelante, el miedo a ser adulto lo hace volverse atrás.* Al mismo tiempo, el adolescente se siente tratado, a veces, como un niño, a veces como adulto. Se le exigen respuestas de adulto cuando reacciona como niño; respuestas de chico cuando se comporta como grande. La sociedad pretende que sea en el futuro un adulto con participación activa y responsable, pero el problema es el *mientras tanto*, este momento de pasaje que hace que la adolescencia se convierta en la etapa *ni fu ni fa*, la *edad difícil*.

El adolescente que se ve obligado a trabajar hace una transición más rápida hacia los roles adultos, en lo que se refiere a su inclusión en la actividad económica, pero no siempre le es fácil ubicarse laboralmente. En un medio cada vez más tecnificado, su falta de preparación le impide acceder a tareas calificadas, mejor remuneradas.

El adolescente que asiste a la escuela secundaria recibe conocimientos enciclopedistas, desarraigados de la realidad, que no lo preparan para encarar sus necesidades actuales ni para abordar el futuro. Se espera que al finalizar este ciclo de estudios haya hecho o haga su *elección vocacional*, sin considerar si está o no preparado para ello. Este es un momento difícil y crítico. Sin una noción clara de sí mismo, con un conocimiento deficitario de la realidad ocupacional y de los caminos para acceder a ella, distorsionado muchas veces por estereotipos y prejuicios, con temores sobre el futuro incierto, el adolescente debe encontrar su camino. La desorientación vocacional es la consecuencia, y el *test*, en el que se cifran esperanzas casi mágicas de adivinación del futuro, no precisamente su remedio.



¿Cómo reacciona el adolescente a su marginalidad? Descubre que el mundo adulto padece crisis y conflictos; sus actitudes opuestas y contradictorias se enfrentan con las actitudes también opuestas y contradictorias de un mundo que se le vuelve, a veces, no sólo inaccesible sino también incomprensible. Se produce un mutuo enjuiciamiento, un mutuo rechazo. Entonces no le resulta claro a qué responder ni cómo hacerlo, lo que es fuente de ansiedad y frustración. Reacciona muchas veces con una conducta de retirada, se aísla, limitando así el riesgo de frustraciones, reduciendo su incertidumbre pero también sus posibilidades. Otras veces apela a conductas jactanciosas, desafiantes u hostiles.

Es en el grupo de pares donde el adolescente busca refugio para el desarraigo. La insatisfacción compartida funciona en parte como elemento de cohesión. El grupo participa de las mismas actitudes y esquemas de valores; comparte lenguajes y símbolos, códigos (misteriosos a veces para los de afuera) que funcionan como *contraseña*, como índice de pertenencia. En el grupo, el adolescente encuentra un marco de referencia para su conducta; la opinión del grupo le sirve para comparar, para saber qué es deseable o indeseable; discute, intercambia, compite, expresa sus fantasías renovadoras del mundo, va adquiriendo una ideología. Uno de los indicadores del papel reasegurador del grupo es el *uniformismo*, expresado, por ejemplo, en la asimilación de modas.

En su intercambio participativo con el mundo, el adolescente va logrando la consolidación de su identidad, intentando la reconciliación que le permita pasar de la marginalidad a la integración en la sociedad adulta.

Muchos adolescentes, al sentirse marginados, refuerzan su marginalidad como respuesta, *renuncian* reivindicatoriamente al intento de inclusión en la sociedad adulta, rechazan de raíz las opciones que se les brindan en una actitud de manifiesta oposición. La sociedad los segrega, a su vez. Se plantea, entonces, una actitud *en contra*, de enfrentamiento y resentimiento. Surgen de tal modo las pandillas delincuentes y los grupos que, con conductas marcadamente llamativas y expresándose a través de manifiestos reivindicatorios, intentan modificar drásticamente el orden social establecido: son los *beatniks*, los *iracundos*. Son grupos que tienen distintas denominaciones, que manifiestan distintos grados de patología, pero participan de un denominador común: la asunción de una identidad basada en aquellos elementos de sí considerados indeseables o sancionados por la sociedad, como una manera de ser *alguien*, aunque sea por oposición. ◆

---

* Licenciada en Psicología (UNBA); Directora del Departamento de Orientación Vocacional del Centro de Investigación y Asesoramiento en Psicología; ex jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Psicología Evolutiva II (Adolescencia), en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; ex jefe de la Sección Admisión del Departamento de Orientación Vocacional de la UNBA y psicóloga del Departamento de Adolescentes del Policlínico de Lanús.

de un jovencito al estadio del suficiente desarrollo físico, hasta la única forma de realización sexual socialmente aceptada —el matrimonio—, median unos largos 10 ó 15 años, muchos más de los que es posible llenar con sólo paciencia y buena voluntad. Sin soluciones que ofrecer, el adulto encuentra una única variante a mano: una vez más, reprimir, prohibir, castigar.

Lo que logra es algo más que evitar —mejor sería decir *ilegitimar*— el encuentro de ambos sexos: también dificulta un conocimiento de los propios deberes para con la otra mitad de la humanidad, contamina de culpa todo encuentro intersexual (un estigma que luego el matrimonio no liquida), disgrega la personalidad al pretender partir el amor en dos componentes, uno prohibido y otro recomendable. Parte de ese rito medieval es la vigencia del bachillerato segregado, una norma apenas soslayada por los colegios dependientes de la Universidad y algunos institutos privados. En los liceos y escuelas normales, la prohibición se cuela bajo las puertas y sale a la calle: "No podemos conversar con un muchacho en un radio de cuatro cuadras a la redonda, o nos hacen un escándalo", se indignó una alumna de cuarto año del Normal Nº 1, de Buenos Aires.

Sin embargo, no todos los expertos están a favor de la integración de ambos sexos en la educación secundaria: el psiquiatra Mauricio Knobel, profesor de Psicología de la Adolescencia y Clínica Psiquiátrica en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, considera que esa reunión puede ser contraproducente, a menos que antes se levanten "las enormes restricciones de nuestra cultura, que no favorecen la espontaneidad entre los chicos". No por eso Knobel adhiere a la creencia de que todo debe continuar tal como al presente: "El exceso de prohibiciones en el nivel social favorece la clandestinidad; hay una enorme desvalorización de la sexualidad normal, que incide en la futura vida matrimonial". Por lo demás, en los grupos mixtos la sexualidad no se esfuma ni decrece, pero se vuelve menos ansiosa: cargar a un adolescente de prohibiciones equivale a estirar un resorte hasta el punto mismo de su ruptura, forzarlo a la rebelión.

***Nosotros creemos que podemos transformar el mundo.** (Eduardo, 17 años).*



Psiquiatra Knobel: Lo que vendrá.



Pedagoga Sirvent: El Estado, sí.

Mal o bien, los adolescentes se las arreglan para hacer su vida: las dificultades que los flanquean sólo consiguen deteriorar a algunos de ellos, los que ingresarán a la vida adulta con una neurosis o trastorno de conducta a la espalda, o los que saltarán por sobre la adolescencia sin haberla realizado en plenitud, una mutilación a la que no redime ninguna felicidad posterior. También es cierto que esos imprecisos ocho o diez años de vida adolescente están poblados de gratificaciones, de oportunidades de desarrollo, de alegrías más o menos momentáneas. Pero generalmente la imagen de esa felicidad juvenil se confunde con la idealizada edad de oro forjada por los expertos en publicidad: las sonrisas dentífricas de grupos exultantes casi nunca descienden de los carteles callejeros hasta las caras reales. En cambio, las reuniones más exitosas suelen ser chispeantes pero no explosivas; están mucho más próximas a lo que un adulto considera recomendable de lo que éste se imagina: Porque sin darse mucha cuenta de ello, el adolescente mira constantemente al mundo adulto para saber qué debe hacer, qué es lo que está bien.

No es una responsabilidad pequeña: como hace notar Bohoslavsky, la avidez del adolescente por encontrar sus líderes explica, entre otras cosas, su interés por la actividad política: "Los jóvenes encuentran en la política marcos de referencia claros; y adhieren a quien les dé una visión de la realidad más o menos coherente". Con una consecuencia lateral: "Es fácil notar que cuanto más joven es un país, más jóvenes son sus dirigentes". La problemática pública, nacional, no es la única imagen que suele reflejarse en la vida del adolescente, sin embargo: en busca de su propia identidad, acepta toda clase de modelos de vida, aprende que hay que proceder de determinada manera para aproximarse a las mujeres, para hablar, para sostener un cigarrillo entre los dedos. Si el modelo ofrecido es antisocial —como el sádico homicida James Bond—, el resultado no puede ser otro que el conflicto interior; otra paradoja se añade entonces a las muchas que delinean la relación Sociedad Adulta versus Adolescencia: las camperas negras, las largas patillas, los signos de la rebelión menor, son la copia de un prototipo creado, inventado y difundido por un cineasta adulto, por un historietista adulto, por un escritor o ideólogo adulto.

Pero algo está cambiando. Kuhlen hace notar que si bien hay indicios de movilidad, en el sentido de la finalización de la adolescencia, ese desplazamiento es errátil: la edad cada vez mayor en la que los jóvenes norteamericanos, por ejemplo, ingresan al trabajo adulto, hace pensar en una paulatina prolongación de la adolescencia, mientras que los matrimonios son cada vez más precoces, y denotan un proceso inverso. Esos dos momentos —la elección de un trabajo y una pareja estables— suelen ser tomados por muchos estudiosos como el síntoma de ingreso a la adultez, la pipa de la paz de una reconciliación con esa sociedad hasta entonces mirada de soslayo.

El *mientras tanto* sigue siendo el centro de gravedad del problema, a pesar de que en casi todo el mundo desarrollado, un fenómeno cada vez más intenso se insinúa como capaz de trastornar las costumbres. Simplemente, la sociedad de los mayores comienza a aceptar al adolescente como agente de cambio lícito: por ahora el adulto mira y copia la vestimenta, los gustos musicales, las preferencias en cuanto a modos de diversión y lo sigue a los lugares de veraneo declarados potables. No es mucho, pero sí el comienzo de una reacción en cadena capaz de subvertir las almidonadas costumbres; por lo pronto, el primer efecto de ese milagro —en ninguna otra época los adultos se hubieran permitido adoptar formas de conducta adolescentes— puede ayudar a que el adolescente se encuentre a sí mismo, se acepte como un tercer estado cronológico con tantos derechos como un niño o un adulto, y también con una responsabilidad social.

Knobel se refiere a la contrapartida de la marginalidad, en su trabajo *La adolescencia como experiencia clínica*, en estos términos: "Este marginarse del joven puede llevarlo a la psicopatía franca o a la actividad delictiva, pero también puede ser un mecanismo de defensa por el cual preserva los valores esenciales de la especie humana, la capacidad de adaptarse, modificando ese medio [que a veces dificulta] la satisfacción instintiva y la posibilidad de llegar a una adultez positiva y creadora". No es poco decir: para cuando el último de los planetas del sistema solar haya sido conquistado por el hombre, el destino de la especie humana estará en manos de quienes hoy son adolescentes.

***Los adultos están empezando a gustar de Los Beatles. Yo creo que les viene bien, poque hasta ahora eran demasiado aburridos.** (Laura, 14 años).* ◆